



DIA PRIMERO.

Bendita sea la Beatísima Trinidad, que crió á la Madre de Dios para padecer por mi bien tanta pena y soledad en la muerte de mi Redentor Jesus.

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, mi Dios, mi Redentor, Padre de mi alma, y Señor de mi corazon, á quien tanto ofendí sin disculpa, sin juicio y sin temor: pequé, Señor, contra vos y contra mi; y mas me pesa de ser vos el ofendido, que ser yo tan perjudicado: mas siento mi ingratitud, que el que me castigues; y mas me aflige vuestra ofensa, que mi infierno. Alma y corazon mio, ¿á qué esperas? Tuve alma para entregarla al demonio por el pecado, ¿y no tengo alma ni conciencia para sacarla de su dominio? Tuve corazon para agraviar á la Bondad infinita, ¿y no tengo corazon para sentir tan enormes ofensas? ¡O Jesus de mi alma! ¿para qué nací al mundo, á llenar con mis culpas el número de los desdichados? Renuncio, Señor, el ser y el vivir, si te he de efender. Menos mal me fuera la infelicidad de la nada que la infelicidad de la culpa. Quisiera tener un dolor tan grande que llegase hasta mi muerte. Tomara hacer una penitencia tan

grande como tu misericordia. Pero como creo, Señor, que tu misericordia es mayor que toda la miseria humana, espero salvarme en tu santísima pasión y muerte. Te amo, Dios mio, mas que á todo lo criado; y mientras mas te amo, mas y mas amarte deseo. Y como creo en un Dios verdadero, como espero en un Señor tan poderoso, y como amo á un Padre tan benigno, creo que no puede faltar tu misericordia á mi fé, tu promesa á mi esperanza, y tu gracia á mi contrición. Aumentad, Señor, mi arrepentimiento, dadme un ódio eficaz de todos mis pecados, y muera yo de amor y dolor de haberte ofendido. Esta muerte te pido, esta muerte deseo; y si no te mueven mis ansias, muévate la compasiva soledad de tu Madre Santísima. Por el dolor que al morir tuvo vuestra Magestad de dejarla tan desamparada y sola, te ruego para mi muerte una final penitencia, para morir en tu gracia y alabar eternamente tu misericordia. Amén.

CONSIDERACION.

Considera (ó alma mia) que habiendo acompañado la Reina del cielo á su santísimo Hijo en su lastimosa pasión, hasta verlo espirar y bajar de la cruz, y viendo quitarlo de sus brazos despues, y poner en el sepulcro el santo cadáver del Señor, primer paso de su soledad, con verdaderas lágrimas de Madre, y con cuanta ternura pudo su alma, con sumo amor y dolor lo depositaba ella espiritualmente en su pecho, para tener el consuelo de traer aquel Corazon de Dios consigo. Del mismo modo quedaba dentro del sepulcro con él, para esperar allí la luz

de su resurrección. Y arrojándose como herida cieva á la fuente de sus amarguras, abrazada con el santo cadáver, con ayes, suspiros y congojas, se moria de dolor por haber de separarse de Jesus. Y temerosos todos de que se quedase muerta en este lance, apartaron á la Virgen, y cerrando el sepulcro con una grande piedra, dió el mayor golpe en el Corazon de María, no dejando ya el menor resquicio de alivio á su alma; pues ni vivo ni muerto veía ya á su crucificado Hijo. Y abrazándose con el sepulcro, bañándolo con vivas lágrimas, que hasta hoy dia perseveran impresas y congeladas en aquella piedra dichosa, en tristes soliloquios decia:

SOLILOQUIO.

¡O amabilísimo Jesus de mi alma, cayó en este lago mi vida, y pusieron sobre mi Corazon la piedra! Ya llegó, hijo mio, la hora que se acabase nuestra compañía: ya llegó la triste hora de verme sola en la tierra: ya llegó la hora de que me lloren sola todas las criaturas; y ya llegó la última hora de apartarme de tu sepultura. Pero ¿dónde iré y moraré sin tu morada? ¿cómo podré vivir sin tu vista? ¡O Hijo de mis entrañas! Aquí en este sepulcro he de perseverar de noche y de dia, aunque me consuman los frios, el sol y las aguas. Si tuve valor en mi pecho para verte crucificado, muerto y con el pecho abierto á mis ojos, tambien tendré aliento en mi alma para estarme en tu sepulcro sola. Gustosa aquí me sepultara para estar siempre donde tú estuvieras; mas ya que no puede ser mi persona, sepúltese conmigo mi alma; y pues es tan tuya, aquí la

pongo á tus pies con todo mi corazón, imprimiendo en esta piedra mis lágrimas para eterna memoria de mi soledad.

DEPRECACION

PARA LOS OCHO DIAS.

¡O afligida Emperatriz de la gloria! ¿Cómo está sentada y sola la ciudad de Dios mas santa? ¿Sola y tan desamparada la suprema Reina del cielo y de la tierra, sola y tan sola, que no tiene á quien volver la cara? ¿Sola y tan pobre que no tiene mas ropa que la que en su virginal cuerpo traía con la sangre de su Hijo Dios salpicada? Pues ¡o desamparada Señora! si me permitis os acompañe en vuestra soledad, aquí teneis mi alma y mi vida á vuestros pies. Admitidme por hijo, ó Madre verdadera de Dios, que quiso nacer de vos para que me admitiéseis por hijo á mí. Si me repondeis que mi culpa tuvo la culpa de veros tan desconsolada y sola, yo Señora, así lo confieso, ya lo veo, ya lo lloro; pero por ser vos quien sois, por la pasión y muerte de Jesús, por la pena que al morir sintió de dejaros sola, ruego te duelas de mí, que no tengo otra Madre ni otro amparo que vos. Pequé, Señora, contra tu Hijo Dios, y contra tí, á quien despues de Dios debo amar. Cuando en vos no interesara yo otra gloria que la de conoceros, y que os dejais amar de quien como yo tan indigno nunca puede merecerlo; protesto delante de Dios y de todas las criaturas amaros con todo mi corazón y mi alma, y serviros toda mi vida. ¿Quereis admitirme á vues-

tra compañía y gracia? ¿quereis alcanzarme de vuestro Hijo el perdon de tantas ofensas? Madre mia de la Soledad, decidme que sí. Mirad, Señora, que de solo pensar que siendo ciertas mis culpas no puedo llorar mas lágrimas que tiene gotas el mar, pierdo el juicio de dolor. Pero, Madre y Señora mia, si es verdad infalible que por mi bien se hizo Dios hombre, si por mi bien os hizo su dignísima Madre, si solo por mi bien padeció tal muerte y pasión, y solo por mi bien padeciésteis tan amarga soledad; esta razon sola os debe mover á pedir el perdon de mis culpas. A título de Madre mia, es fuerza que yo ponga en vos toda mi esperanza; pues la fe me enseña que la Madre de Dios es Madre mia. Todos los ángeles de la gloria en oyéndome decir que la Madre de Dios es Madre mia tambien, pudieran tenerme zelo y emulacion, pues no han llegado ellos á tanta dignidad de tener á la Madre de Dios por Reina, sí, á quien sirven con humildad; pero por Madre no, reservándose tan amoroso renombre para mí. Hijo vuestro soy por la gracia de Dios; y mas apreció ser vuestro Hijo que mi vida. ¿Cuándo merecí yo que la Madre de Dios me adoptara por hijo al pié de la cruz? ¿Cuándo merecí yo que padeciera por mí tanta soledad? Pues ¡o verdadera Madre de amor! y ¡o verdadero amor de Madre! Yo, la criatura mas indigna, acudo de corazón al mérito de vuestra soledad, para asegurar mi salvacion. Ofreced, Señora, por mis culpas, de ese mar hermoso de vuestras lágrimas, una sola gota; pues una lágrima vuestra vale mas que todos los méritos de los santos en la presencia divina. Alcánzame, Señora, lo que te pido en esta

Novena: hacedme esta gracia, y recibid mi vida y mi alma por vuestra, que no quiero mas vida ni mas alma que para amar y servir á vuestro Hijo Jesus, y á vuestra Magestad en la tierra, serviros y amaros en la gloria. Amén.

Una Ave Maria y gloria Patri.

ORACION.

O benignísimo Jesus, que tanto aprecio hiciste de las lágrimas de tu purísima Madre, que las dejaste impresas en tu sepulcro para siempre! Por sus lágrimas preciosísimas te ruego me des eficaces auxilios para que yo las tenga impresas toda mi vida en mi pecho, y que solo vean mis ojos las lágrimas de mi arrepentimiento con una eficaz contrición de haberte ofendido; para que viviendo y muriendo en tu gracia, viva á los pies de Maria Santísima en tu gloria. Amén.

Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, la Pasión y Muerte de nuestro Redentor Jesus, y el dolor y soledad de Maria Santísima concebida sin pecado original. Amén.

DIA SEGUNDO.

La señal de la cruz y el acto de contrición como el primer día.

CONSIDERACION.

O alma mia! considera que viendo el noble José á la Reina del cielo tan desamparada y sola en

aquel triste campo, postrado á sus pies, le dijo: Señora, puesto que á tu desamparo y soledad se llega el ser tan pobre, que ni aun propia habitacion teneis en esta ciudad, te pido por el amor de tu Hijo y mi Maestro, te dignes de venir á mi casa, si quiera por esta noche, y me darás la dicha de honrarme y el gusto de merecer servirme. Y oyendo esta Señora tan piadosa atencion, con sábia humildad le respondió su discrecion: yo os agradezco el deseo que teneis de ampararme, y recibiera con todo amor tus favores; pero por disposicion de mi Hijo Jesus estoy encomendada á su amado apóstol Juan; él me hará la caridad de cuidar de mí. Y convencidos sus deseos con tan alta razon, dándole la Virgen la dulce bendicion de su amable natural, se despidieron, llevándola estampada en su corazon. Y llenando como triste tórtola aquel solitario campo de modestos llantos y gemidos, se lamentaba en este amoroso

SOLILOQUIO.

Si segun su mérito he de llorar yo á mi difunto Hijo, ¿quién dará fuentes de lágrimas á mis ojos, y mares á mi cabeza para llorar estos tres días? O difunto Hijo de la mas dichosa madre! no te puedo llorar como mereces. ¿Qué madre tuviera á Dios por Hijo que no se deshiciera en llanto? Si toda mi alma se transformara en penas, si todo mi cuerpo se convirtiera en lágrimas, aun fuera muy poco para tu merecimiento. Ayudadme, discípulo amado, ayudadme maestra de lágrimas Magdalena, ayudadme, mugeres piadosas, ayudadme ángeles y

hombres, ayudadme á llorar la pasion y muerte de mi Hijo Dios, y luego despues lloradme á mí que me ha puesto en tan lastimosa soledad.

La deprecacion como el dia primero.

¡O Jesus mio, verdadero Dios y verdadero hombre, que tanto aprecio hiciste de lo que padeció tu Madre, que te dolió mas lo que padeció esta Señora, que lo que tú padeciste! ¡Pésame que por mis culpas se viese tu inculpable Madre en tanta soledad! Y te ruego me des compasion verdadera de todo lo que padeció esta Señora, y que la adoren y amen todas las criaturas en la tierra, para verla y amarla contigo en tu gloria. Amén.

El bendito y alabado, &c.

DIA TERCERO.

La señal de la cruz y el acto de contricion, como el primer dia.

CONSIDERACION.

¡O humano corazon! Considera que viendo el Evangelista San Juan, que se llegaba la noche, le dijo á esta desconsolada Madre: No dudo, Señora, lo sensible que te será ausentarte del sepulcro, donde yace el cadáver de tu amado, y retirarte del calvario que regó con su última sangre mi Maestro: pero ni es decente á tu honestidad perseverar aquí, ni conveniente que entremos anochecido en Jerusalén; y así te ruego hagas á Dios este nuevo sacrificio, que á no ser preciso no te persuadiera este que-

branto: Vamos, Señora y Madre mia, á mi casa, que es obligacion mia, mirar por tu importante vida; y cuantos te miraren tan descaecida y necesitada, culparán mi cuidado, si no te procuro algun alivio. El deseo de obedecer María Santísima a San Juan, dió algun aliento á su corazon; y abrazándose con el sepulcro, se despidió con este tiernísimo

SOLILOQUIO.

¡O Hijo de mis entrañas Jesus! ya me es preciso elirme de aquí. ¡Pero qué digo! ¿cómo es posible elirme, si es dejarte? ¿qué embarazo hallas en que yo me muera? Si ya se acabó tu pasion y tu vida, acabese tambien la mia arrimada á esta piedra, y darás á mi cuerpo la honra de enterrarme junto á tu sepulcro; pero Hijo, y Dios mio, no quiero la muerte, si tú quieres que yo en tanta soledad viva: pues siendo tu querer el mejor, á este se rinde gustosa mi voluntad. ¡A Dios, Hijo mio, Jesus! A Dios, Hijo de mi corazon! A Dios pido resucites con presteza para que resucite mi alma. Y ¡ó sepulcro del mas hermoso cielo! A Dios, tesoro del cadáver mas rico! ¡A Dios, relicario del mas bello cuerpo! quédate en paz glorioso con mi Jesus, mientras yo voy á llorar mi soledad.

La deprecacion como el dia primero.

ORACION.

¡O Maestro mio Jesus, que puesto en el sepulcro me enseñaste á morir por tu amor, y sepultarme á todas las cosas del mundo! por aquel dolor con que

Maria Santísima en el sepulcro se despidió, que no permitas me retire yo un instante de tu santísima voluntad, ni que jamás se aparte mi memoria de tu muerte y pasión; para que obrando siempre conforme á tu beneplácito, viva justo, muera santo, y reine contigo y Maria por los siglos de los siglos. Amén.

El bendito y alabado, &c.

DIA CUARTO.

La señal de la cruz y el acto de contrición, como el primer día.

CONSIDERACION.

Considera que temiendo San Juan que al despedimento del sepulcro falleciese la Virgen de dolor, llegó, y levantó á su Magestad, y ayudada de todos se encaminó á donde estaba la cruz en el calvario, adoró aquel sacrosanto madero: y llevándola de la mano las Marias, ó por mejor decir, dándole su mano la divina omnipotencia, empezó á bajar las sendas de su dolor: quería andar, y no podia su amor: quería quedarse, y era imposible: quería irse, y no veía por donde: no quería pisar aquella tierra bendita que regó su Hijo con su sangre preciosa: y mirándola en el suelo tan pisada, decía: ¡O sangre de Dios! si los ángeles te adoran, ¿cómo los hombres te pisan? Y llegando al sitio donde perdió de vista el calvario, aquí fué el resto de sus sentimientos, pues volviéndose hácia el sepulcro, prorumpiendo su corazón en vivos llantos, decía este amoroso

SOLILOQUIO.

O vosotros, que andais el camino del dolor, ¿á dónde me llevais? ¿donde cabe que yo me aparte de aquí? ¿qué dirá de mi corazón mi alma, si yo lo pierdo de vista? ¿qué dirá de mí el Padre Eterno, que me aparto del cadáver de su Unigénito Hijo? ¿qué dirá la eterna Sabiduría de que dejo sola en el sepulcro la carne que tomó en mis entrañas? ¿qué de mi amor el Espíritu Santo, que dejo solo el cadáver mas precioso? ¿en qué se conocerá que soy yo la Madre del mejor Hijo? ¿yo á tomar descanso, y mi Dios Hijo en un sepulcro! ¡Mi Jesus en una obscura soledad, y yo entrarme en Jerusalén! ¿qué madre soy? ¿qué amor le tengo, pues no me vuelvo aprisa al sepulcro! Primero es mi cariño que mi descanso, primero es mi honra que mi vida, pues vuelva yo al calvario, y perseverare de noche y de día en el sepulcro, hasta que mis ojos lo vean resucitado. Pero si por disposición del Altísimo ha de ser mi alma mártir en todo, séalo también en perder de vista el sepulcro. Vamos á mi mayor soledad, que en hacer yo siempre la voluntad de mi Dios, consiste mi honor, mi amor y mi maternidad.

La deprecacion como el dia primero.

ORACION.

¡O Salvador del mundo! Por el dolor y sentimiento con que bajaba Maria mi Señora el camino del calvario, te suplico me pongas á mí en el

camino de la perfeccion del cielo, y que de tal forma baje yo la senda de la humanidad, que se borre de mi corazon toda sombra de altivez. Por aquellos sentidísimos pasos que dió esta Señora con tanta debilidad, no permitas que ninguna alma borre el camino de cruz, hasta llegar á la casa del Señor, donde vives y reinas con Maria por infinitos siglos. Amén.

Bendito y alabado, &c.

DIA QUINTO.

La señal de la cruz y el acto de contricion, como el primer dia.

CONSIDERACION.

¡O compasivo corazon! Considera que entrando la Virgen por Jerusalén, los modestos sollozos que respiraba, las silenciosas lágrimas que vertia, y lo ensangrentado del manto y ropa que llevaba, iba diciendo quien era; y cuantos la miraban decian: ¡O cuánta injusticia se ha cometido hoy en Jerusalén contra esta Señora y contra su Hijo Jesus! Tal iba esta Señora, que solo de mirarla podía enternecer las piedras: hasta la dura obstinacion judaica se compadecia de verla. Salian de sus casas las doncellas y señoras de Jerusalén solo por ver tan hermosa soledad. Y enternecidas de lástima, unas la convidaban á llevarsela consigo; otras le ofrecian alimento, y muchas le acompañaron hasta que llegó á la casa de San Juan, donde con cortesía y amor les agradeció á todas aquella caridad, y dándole las gracias á las piadosas Marias

se les ofreció por su sierva toda su vida; y reconociendo ellas tal favor, besándole la mano, le pidieron descansase un poco, y tomase algun alimento; á que respondió la Reina del cielo: Mi descanso y alimento ha de ser ver á mi Hijo resucitado: vosotras, carisimas de mi corazon, satisfacéd vuestra necesidad: y haciéndoles una humilde inclinacion, se retiró al mas retirado aposento, á sentir mas á solas su soledad. Y viéndose entre aquellas pobres paredes, puestos sus ojos en el suelo, cruzadas sus purísimas manos, entre suspiro y suspiro decia este tiernísimo

SOLILOQUIO.

¡O dulcísimo Hijo mio Jesus! ¡Dónde estás? ¡Cómo ya no te veo, y cómo sin verte vivo? ¡Sepultado mi Hijo Dios, y yo sin morir? No lo creyera de mi corazon. ¡O Juan, discípulo amado, muéstrame á tu divino Maestro! ¡O Magdalena! ¿dónde está aquel amabilísimo Jesus que tanto amabas? ¡O parientas mias Maria Cleofas y Maria Salomé! ¿qué se ha hecho vuestro pariente Jesus? Murió todo nuestro gozo, y murió en una afrentosa cruz: murió atormentada de espinas su cabeza, clavados sus pies y manos, alanceado su pecho, desnudo y desamparado de todos. ¡De qué hombre, por malísimo que haya sido, se lee tal vilipendio! ¡O Hijo mio! Anoche te predieron, esta mañana te azotaron y sentenciaron, á medio dia te crucificaron, esta tarde te ví muerto y sepultado, y ahora tan lejos de mí, que aun no puedo ver tu sepulcro. ¡O qué bien dijo el profeta, que mi amargura habia de pasar á amargui-

sima! Porque ¿qué amargura mas amarga que esta soledad y memoria?

La deprecacion como el dia primero.

ORACION.

¡O Redentor de las almas, que diste vida á la muerte con la muerte de tu vida! Por aquellos pasos que desanduvo esta Señora bajando la calle de la Amargura, lavando con sus lágrimas vuestra sangre derramada, viendo donde cayó vuestra Magestad, en donde os arrastraron, donde os encontré y miré con sus tiernísimos ojos; os suplico me deis verdadero conocimiento, y gobernéis mis pasos; para que siguiendo en esta vida vuestras pisadas, camine á la gloria, donde con el Padre y el Espíritu Santo, para siempre vives y reinas. Amén.

El bendito y alabado, &c.

DIA SEXTO.

La señal de la cruz y el acto de contrición, como el primer dia.

CONSIDERACION.

¡O corazon mio! considera á la Reina del cielo en un total desamparo, sin Hijo, sin Esposo, sin Padre, sin madre, pobre, afligida, y en tierra estraña. Si tuviera esta Señora en su Soledad á su dichoso padre Señor San Joaquin, si viviera su amabilísima Madre Señora Santa Ana, ya tuviera á quien volver la cara y algun alivio en su pena: y ya que le faltaban sus padres, si viviera Señor San José, su digní-

simo Esposo, ya tuviera un tan leal corazon con quien partir su dolor, y acompañar su soledad; pero huérfana de los mejores padres del mundo, viuda de tan santísimo esposo, muerto el mejor hijo de todos los nacidos; destituida de todo humano consuelo, ¿cómo podia esta Señora vivir en tal soledad? Con esta consideracion, dice San Efren, clamaba la Reina del cielo este sentidísimo

SOLILUQUIO.

¡O Jesus de mi corazon! mira mi pobreza y soledad: ni tengo casa donde para mi decencia y la tuya recoger mi pobre persona, ni tengo donde reclinar la cabeza, ni me han quedado padres á quien volver la cara, ni tengo á mi celestial esposo que con su justo trabajo nos buscaba á tí y á mí el alimento. La horfandad de mis padres Señora Santa Ana y Señor San Joaquin, la pudo suplir mi esposo José. La viudez de mi esposo José no me era penosa viviendo tú, mi Jesus; pero muerto tú, mi Jesus, que eres mi Padre, mi Esposo, mi Hijo y mi Dios, ¿cómo he de vivir en tanto desamparo, pobreza, y soledad? Pero ¡ó Jesus de mi corazon! amo por toda mi vida la virtud de la pobreza, venero y adoro tu sábia providencia divina, que sabiendo esto no excusaste privarme de tan dichosos padres y de tan feliz esposo. Y te ruego, por esta horfandad y viudez, resucites presto para alivio de mi soledad.

La deprecacion como el dia primero.

ORACION.

¡O amabilísimo Jesus, que con tu infinito poder diste á la Virgen tan invencible valor en su soledad, para sentir y llorar tu muerte y pasión! Te pido, Señor, que sienta mi alma [lo que en su soledad sintió esta Señora. Siento que no sean mis ojos mares de lágrimas para satisfacer en algo mis culpas, que ocasionaron en el corazón de Maria tanta pena; y te ruego por la soledad de la Virgen, seas misericordiosísimo Padre en la soledad de mi muerte, y que en los últimos desamparos de mi vida esté á mi lado esta Señora, para cantar á tu pies eternamente la gloria de la soledad de Maria. Amén.

El bendito y alabado, &c.

DIA SEPTIMO.

La señal de la cruz y el acto de contrición, como el primer dia.

CONSIDERACION.

¡O alma mia! Considera que al punto que entró en su retiro la afligidísima Madre de Dios, llamando al Señor San Juan, puesta de rodillas á sus pies, le dijo con humildad: Amado Discípulo de mi Jesus, razon es cumplir las palabras que mi Hijo Dios nos habló desde la cruz: su dignacion te nombró por hijo mio, y á mí por madre tuya; tú eres Sacerdote del Altísimo; por esta gran dignidad es razon que yo te obedezca en todo cuanto hubiere de ha-

cer, y desde ahora quiero que me mandes, pues toda mi alegría está en obedecer hasta la muerte. A que respondió el Apóstol: Señora y madre mia, yo soy quien ha de estar obediente á tu voluntad, porque el nombre de hijo no dice autoridad sino rendimiento: el mismo que á mí me hizo su sacerdote, te hizo á tí su dignísima Madre, y estuvo siempre sujeto á tu obediencia, siendo el sumo eterno Sacerdote de la gloria. Hijo mio Juan, respondió esta Señora: yo en esta vida siempre he de tener superior á quien rendir mi parecer: para esto sois ministro de Dios, y como tal me debes dar este consuelo en mi soledad. Hágase, madre y Señora mia, tu voluntad, respondió el Apóstol, pues en ella aseguro todo mi acierto. Y sin mas palabras le pidió la Señora licencia para quedarse sola: y soltando el mar amargo de su alma, repasaba los misterios de su Hijo tiernísimo.

SOLILOQUIO.

¡O Hijo de mis entrañas Jesus! ¡Que para tal muerte y pasión te concebí, te parí y te crié? Con gusto hemos conversado en esta vida, á nadie hemos agraviado, fielmente me has atendido, y yo con toda fidelidad te he servido como á mi Hijo Dios verdadero. Pero ¿por qué motivo los cruelesísimos judios te crucificaron? ¿qué causa diste para que te dieran tan afrentosa muerte? ¿cometiste alguna maldad para que te sentenciasen así? No, Hijo mio amabilísimo: dignacion tuya ha sido redimir tan á costa tuya y mia al género humano, dejándoles á mares la doctrina y los ejemplos. Gustosísi-